

VELADA ARTISTICO-
LITERARIA
EN HONOR DEL
ILMO. Y RMO. SE-
ÑOR DR. D. ATE-
NOGENES SILVA,
DIGNISIMO OBIS-
PO DE COLIMA. ❁

(De "El Mercurio.")



INO hasta nuestra mesa de redacción elegante es-
quela, en papel inglés á varias tintas y oro, subscripta por
los muy respetables Señores Arcediano de esta Santa
Iglesia Catedral Don Florencio Parga, Chantre Don
Guadalupe García, Maestre-Escuelas Dr. Don Antonio
Gordillo, Penitenciario Dr. Don José Homobono Ana-
ya, Canónigo Dr. Don Ramón López, Canónigo Don Isidoro Rodríguez,
Lic. Don Jesús López-Portillo, Lic. Don Trinidad Vereá, Lic. Don José
López-Portillo y Rojas, Lic. Don Rafael López Presidente del Supremo
Tribunal de Justicia del Estado, Lic. Don David Gutiérrez Allende, Lic.
y Magistrado Don Celedonio Padilla, Don Juan M. Benfield acaudala-
do comerciante y miembro de la aristocracia de la Metrópoli y Don An-
tonio Romero, digno representante de la Cámara de Comercio de esta
capital; todas estas distinguidas personas, así como los Señores Presbíte-
ros Don Modesto Pérez Vázquez, Don León Cortés, Don Francisco
Orozco, Dr. Don Manuel Azpétia Palomar, Dr. Don Manuel Monraz,
Profesor Don Manuel Ocampo y Cortés, y Licenciados Don Genaro B.
Ramírez, Don Agustín G. Navarro, Don Clemente Galindo Ocampo,
Don Juan L. Lomelí y Don Aurelio González Hermosillo, signatarios
también de dicha esquela; aquéllos con el carácter de amigos y éstos con

el de discípulos del virtuoso Prelado de Colima, Ilmo. y Rmo. Sr. Dr.
Don Atenógenes Silva, nos hicieron el honor de invitarnos á la Velada
Artístico-Literaria organizada con el objeto meritisimo de celebrar el
XXV aniversario de haber celebrado su primera Misa tan humilde co-
mo sabio Jerarca.

El local escogido para tan hermosa solemnidad fué el Orfanatorio
del Sagrado Corazón de Jesús, antiguo ex-convento de Jesús María, y
el día y la hora, el 6 del actual á las 8 p. m.

Acudiremos ahora á los portentosos recursos de la imaginación pa-
ra dar á nuestros lectores aunque sea una pálida idea de aquel acto,
conmovedor, por los sentimientos nobilísimos que lo engendraron, im-
ponente, por la personalidad conspicua á quien estaba dedicado, augus-
to, por el hecho grandioso á que servía de gratísima conmemoración.

El salón se formó en el patio y corredores del edificio, cubierto aquel
con un toldo, y adornado todo el recinto con flotantes gasas de seda, co-
lores rojo y blanco, festones tricolores y artísticas coronas de laurel que
ceñían con efecto maravilloso las flores de cristal cuajado de donde par-
tían los rayos de la luz incandescente; cuarenta focos de ésta, uno de la
de arco y más de veinte lámparas de petróleo, simétricamente distribuí-
dos, producían una claridad ingente y hacían apreciar hasta en sus me-
nores detalles el exquisito gusto de toda aquella singular ornamenta-
ción. Al penetrar á aquel salón el golpe de vista era sorprenden-
te, pudiéramos, para expresarnos con mayor exactitud, llamarle des-
lumbrador y soberbio. El dosel cubierto de rica felpa, color guinda y
oro viejo, y el sitial de finísima madera con incrustaciones de oro, eran
del mejor gusto y revelaban que quien tuvo á su cargo el adorno del
salón es conocedor consumado de la Estética. La mesa colocada frente
al sitial tenía carpeta y cojines de terciopelo rojo, adornados con blondas
de oro. Se ostentaban sobre amplia plataforma, ricamente alfombrada,
cuatro columnas de mármol blanco con elegantes candelabros, y á un
lado se encontraba el magnífico piano del Orfanatorio, y al otro, la tri-
buna, que era de cedro tallado con todo el lujo y buen gusto del arte
moderno. Nueve sillones pudieron ocupar aquel sitio, y en ellos toma-
ron asiento, como veremos después, los encumbrados personajes de nues-
tro clero secular. Las demás sillas distribuidas en el salón eran austria-
cas y pasaban de seiscientas, habiendo además treinta bancas grandes
de fierro y madera. Arriba del dosel se destacaba, entre un cerco de lu-
ces, el busto del Ilmo. Sr. Silva, fotografía exacta y hábilmente tomada
por el joven Don José M. Lupercio, uno de nuestros más concienzudos é
inspirados artistas.

A las 7 y 30 p. m. una comisión, compuesta de los Señores, Pro-
fesor Don Manuel Ocampo y Cortés y Licenciados Don Agustín G.
Navarro, Don Genaro B. Ramírez y Don Ignacio Chávez, todos de ri-
gurosa etiqueta, partió en dos magníficos carruajes, á conducir desde su
domicilio hasta aquel lugar á Monseñor Silva, quien se presentó á las

ocho en punto. Fue conducido, por la misma comisión, hasta el sitio de honor que se le tenía designado y el acto dió principio, conforme al programa acordado por los organizadores de la solemnidad, á las 8 y 20 p. m., teniendo el Ilmo. Sr. Silva, á su derecha, á los Señores Arcediano Don Florencio Parga y Canónigo Don Crescencio González, y á su izquierda, al sabio Canónigo Dr. Don Ramón López y Magístral Dr. Don Luis Silva. Junto al trono se instaló un grupo numeroso de sacerdotes, tanto de esta Arquidiócesis como de los Obispos de Zamora, Zacatecas, Colima, Tamaulipas y Tepic, y entre ellos pudimos distinguir á los virtuosos prelados M. R. P. Don Pedro M. de los Angeles, Provincial de los Franciscanos de esta comarca, y al Reverendo P. Camacho, Guardián de la misma Orden.

Serían las nueve de la noche, cuando penetró al recinto el anciano Prelado de Linares, Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. Don Jacinto López. Todos los varones se pusieron inmediatamente en pié y el Venerable Titular de Colima, acompañado de los Señores Canónigos, bajaron la plataforma y fueron á recibirle hasta el centro del salón. Monseñor Silva quiso ceder á su Ilustre Hermano el sitio de honor, pero el humilde Arzobispo de Linares lo rehusó comedidamente, y entonces ambos tomaron asiento frente á la mesa, el Ilmo. Sr. López á la derecha, y el Ilmo. Sr. Silva á la izquierda. ¡Qué aspecto tan fascinador presentaba en esos instantes aquel hermoso recinto! Lo más distinguido, lo más selecto de nuestra culta sociedad se encontraba allí reunido. Las damas más respetables por sus cristianas y ejemplares virtudes; las jóvenes más bellas por su arrebatadora hermosura, no menos que por sus angelicales dotes, y los varones más esclarecidos por la ciencia, por la honorabilidad y la acrisolada honradez de sus costumbres, todos á porfía habían ocurrido á dar con su presencia un testimonio elocuente del poder irresistible que tienen el genio y la santidad cuando se albergan en una personalidad tan excelsa, tan incomparablemente hermosa y, sobre todo, tan amada como la del mitrado insigne de Colima, á quien el Altísimo concediera, por singular privilegio, ostentar sobre su juvenil y despejada frente, el nimbo de oro de la ciencia, la llama sacrosanta del genio y la aureola radiante de la virtud.

La velada dió principio ocupando la tribuna el Señor Canónigo honorario del Obispado de Tamaulipas Don Felipe de Jesús Velázquez, quien dió lectura á un telegrama de felicitación dirigido al Ilmo. Sr. Silva por Monseñor Nicolás Averardi, Visitador Apostólico y Arzobispo de Tarso. En dicho mensaje resaltaba la dulzura del Enviado Apostólico y la alta estima en que justamente tiene al sabio y virtuoso Prelado de Colima. En seguida leyó el mismo Señor Velázquez los pensamientos escritos para esta solemnidad y en honor del Ilmo. Sr. Silva por los Señores Arzobispo de Linares y Obispos de Zacatecas y Tepic. En todas esas elevadas producciones, dignas de sus sapientísimos y virtuosos autores, aparece, como nota saliente, el cariño, la justa estimación y el

respeto que á todos inspira la humilde, pero cuanto humilde, encumbra da personalidad de Monseñor Silva. ¡Hay algo de extraordinario en ese mitrado insigne, inspirado sin duda en aquella máxima del austero maestro de Nerón: *¡O quam contempta res est homo, nisi supra humana se exerit!*

Los Señores Jesús Bustos, notable filarmónico y el apuesto joven García Peredo, comisionados al efecto, condujeron á la estimable Srta. María Arana, quien con su elegante traje verde pálido, semejava una de las inmortales creaciones del Anacreonte de la pintura, á la plataforma en donde cantó con dulzura y afinación notables la hermosa romanza de Rotoli PERCHE GEMO? Una tempestad de aplausos saludó, como merecido galardón, á aquella sacerdotisa del bell canto.

En seguida ocupó la tribuna el distinguidísimo jurista Sr. Lic. Don Heraclio Garcíadiego, miembro prominente de nuestro foro y vástago ilustre de una familia en quien por abolengo son congénitas la ciencia y la honorabilidad, el talento y las virtudes más raras. Su palabra conceptuosa, siempre atildada y por decirlo así vaciada en los moldes del más correcto tecnicismo, causó esa noche inefable y honda sensación en aquel escogido auditorio. Recorrió atinadamente la vida del sacerdote y llevó, estamos seguros, á la conciencia del Ilustre Académico, del Rmo. Pastor de Colima, el perfume celestial que exhala la verdadera elocuencia cuando la engendran una honrada convicción y una sana y por ende consoladora doctrina. Somos pequeños para juzgar, como se merece, á ese campeón victorioso de la palabra. Fue calurosa y justamente aplaudido. Nosotros también le mandamos nuestros parabienes desde las columnas de esta publicación.

El notable artista, Sr. Tomás Arias, miembro de una de las más recomendables y conocidas familias de nuestra buena sociedad, cantó en seguida *Paglacci-Serenata* de R. Leoncavallo. Este joven á sus excepcionales dotes reúne una magnífica escuela de canto y posee por lo mismo recursos que hacen realzar el mérito intrínseco de las partituras que hábilmente interpreta. Fue una nota muy bella la que añadió á la festividad este número del programa.

Tocó su turno al almo sol del espíritu, á la dulce y arrebatadora poesía, hija del genio y madre sublime de la inspiración. Apareció en la tribuna el conocido é inspirado vate Lic. Don Agustín G. Navarro, y todas las miradas se reconcentraron en aquel punto, y todas las imaginaciones se pusieron en pié para recibir el verbo creador y fecundo, encarnado en aquel cerebro caldeado por el fuego de una inspiración beatífica. El discípulo agradecido iba á hacer surgir, á impulsos de su palabra creadora, el mundo gigantesco del sentimiento y de la gratitud, para depositarlo reverente á los piés del Maestro amado. . . . Reinó un profundo silencio: los angustiosos momentos que preceden á toda gestación. Brotó la chispa: la palabra sonó vibrante encadenada por el metro, y el auditorio experimentó esa corriente magnética que pone al uní-

son todos los corazones, cuando á impulsos de la generosidad de un sentimiento sublime van á estallar en el diapason del alma todas las fibras misteriosas de la ternura, hasta arrojar á los labios el grito insólito del verdadero entusiasmo. Desde aquel momento el poeta paseó la maravillosa omnipotencia de su estro fascinador por aquel sumiso mar de inteligencias, como el soplo inconstante de la brisa sobre las flexibles y doradas mieses . . . ¡Poder incontestable de ese don sublime de la inteligencia humana, legado por el Eterno, tal vez como remuneración á las miserias de la vida; acaso como saludable recuerdo del divino origen del hombre! . . . Al terminar cada estrofa, el Sr. Navarro se veía interrumpido con atronadores y entusiastas aplausos, y, la verdad sea dicha en justicia, muy justos y muy merecidos, porque su composición, á juicio de los inteligentes en la materia, estuvo inspirada, correcta y digna en todo de tan simpática solemnidad. Allá van, inspirado vate, nuestras calurosas felicitaciones; también nosotros os rendimos el debido homenaje.

La Señorita Carmen Villaseñor, ocultando esa noche sus escultóricos hechizos en negra vestidura de hechura elegante é irreprochable, parecía la arrogante figura de María Estuardo al pisar las gradas del ambicionado trono de Francia, ó si queréis, un ampo de nieve, dulcemente sonrosado, ocultándose en un girón de noche, ó una fragante tuberosa prisionera en un vaso de negra contextura. Fué conducida al piano por la comisión arriba nombrada, y con el timbre armonioso de su privilegiada voz nos arrebató al empero, sollozando, que no cantando, la dulcísima melodía da Quaranta SI FUESE. Se la aplaudió con verdadero entusiasmo; y para concluir la primera parte del programa, los niños del Orfanatorio, dirigidos por su joven Maestro el Señor A. Carrasco, cantaron el coro de la zarzuela "La gracia Divina," música del mismo joven é inspirado profesor, y letra del sabio sacerdote Lic. D. Ramón Valle.

Pasado un pequeño intervalo, se dió principio á la segunda parte del programa con la lectura del discurso del muy conocido Académico Sr. Lic. Don José López-Portillo y Rojas, quien por motivos de luto reciente no pudo concurrir al acto, y diputó, con tal motivo, al inteligente y joven Abogado Don Antonio Pérez Verdía. Este, con brío y apropiada entonación, dió lectura á la galana producción del Sr. López-Portillo y Rojas. Nada diremos acerca del mérito indisputable de ese nuevo parto del atildado escritor y gramático de rica sintaxis, que diría Castelar, porque bien conocidas son las dotes del que, por derecho propio, se sienta ya entre los INMORTALES.

Siguió el PRESTO FINAL DEL TRIO N. o 1 de Beethoven para piano, violín y violoncello, ejecutado por la hermosa Srita. Beatriz Camarena y por los Señores Don Benigno Valdívía y Don Diego Altamirano (jr.) Este número, como los anteriores, fué ejecutado con maestría, con positiva inspiración y mereció los aplausos de profanos é iniciados en esa Arte tan divina como hija incomparable del cielo.

Halagaban todavía nuestros oídos las armonías de tan bella oración, cuando el Sr. Lic. Don Genaro B. Ramírez, honra y prez del foro y de las letras jaliscienses, ocupó la tribuna y nos dijo un concienzudo y erudito discurso que embelesó con las galas del estilo, con la elevación de las ideas y con la profundidad de la doctrina, al escogido auditorio. Una vez más se nos reveló, prosador elegante, fácil é ingenuo, aunando las galas del buen decir con las dotes del ingenio. Estuvo como siempre, á la altura de su misión, y recibió en justo homenaje el aplauso espontáneo de sus oyentes.

Capítulo aparte, trabajado en conciencia, exornado con todos los matices del estilo, con el donaire y gentileza del periodo, con la propiedad del concepto, con el aticismo de la frase, necesita la Srita. María Muñoz, intérprete esa noche de una aria de la *Saffo* de Paccini. Conocidas son de la culta sociedad de Guadalajara las excepcionales dotes que posee como profesora de canto la Señorita Muñoz; su magnífica escuela, su extensa y afinada voz, su correcta ejecución; pero se necesitaba, ciertamente, haberla oído en aquellos solemnes instantes para comprender hasta donde llega el poder asombroso de la inspiración y el genio para quienes, en estrecho maridaje, parece que no tiene sentido alguno la palabra imposible. ¡Qué hermosa, qué incomparablemente bella se destacaba su envoltura material, transformada y radiante por esa fiebre del arte que la arrebató sin duda á desconocidas regiones, arrancando de los asilos misteriosos de su alma aquellas notas de belliniana ternura, semejantes por lo tiernas, indescriptibles y sentidas, á despedidas de vírgenes que mueren, ó ayes tal vez de espíritus que lloran! . . . Aquellos acentos conmovían hasta las lágrimas, pero consolaban dulcemente; hacían pensar en el Infinito y espontáneamente y sin violencia arrojaban en un raptó de admiración á la creatura humana á los piés del sublime Hacedor; por esto sin duda el gran tribuno español ha dicho con pasmosa verdad: "dejad libres las almas, y veréis cómo buscan de suyo el centro de gravedad, el sol interior, el arquetipo, el seno de Dios." Cuando el alma se conmueve, llega á la ingenuidad, y ésta al mostrarle su pequeñez, la obliga á buscar á Dios. ¡Benditos los seres que así saben sentir y arrebatarnos en alas de su poderosa inspiración!

Las Sritas María Arana y Carmen Villaseñor cantaron después el DUO de Aída, y el alumno del Orfanatorio Don Félix Rosales recitó una composición en verso, recibiendo en seguida el Ilmo. Sr. Silva el obsequio que en sentidas frases le presentó, en nombre de todos los discípulos del virtuoso Prelado, el Sr. Lic. Don Ignacio Chávez.

Llegamos al momento conmovedor y sublime de aquella noche de tan gratos recuerdos. Monseñor Silva se puso en pié, atrayendo su gallarda é imponente figura las miradas de todos. Estaba profundamente emocionado; algo gigantesco y sobrehumano embargaba la natural clarividencia de su espíritu. Se conocía que lo dominaban encontrados sentimientos, tal vez demasiado poderosos, sin duda trascendentales é

irresistibles. La palabra elocuente y persuasiva no brotaba de sus labios, como otras tantas veces, tumultuosa y abrillantada con las exquisiteces del estilo. . . . ¿Qué pasaba en aquella conciencia tan pura; en aquella existencia tan hermosa; en aquella personalidad tan santamente querida? . . . Oído, de su misma boca: "Siempre he sido pobre de inteligencia y en esta ocasión me considero más pobre é indigente." ¡Ah, luchaban su humildad insigne y los generosos arranques de su corazón siempre abierto al amor, á la benevolencia y á los trasportes de la gratitud! . . . Completó en seguida su pensamiento, y nos dijo que su inteligencia le había aconsejado que no aceptara aquella manifestación de cariño, cuando sus discípulos y amigos se la habían ido á ofrecer, porque no la merecía; pero que su corazón se opuso á esto y le mandó aceptar, toda vez que no podía despreciar á sus discípulos amados; y así, que todo aquel acto, se lo ofrecía al Padre Omnipotente para su mayor honra y gloria. Que desde en el primer sacrificio incruento hasta en el que ese mismo día había tenido la dicha de celebrar, en todos había rogado siempre á Dios Nuestro Señor por sus numerosos discípulos, no olvidando ni á los que ya dormían el sueño eterno y cuyo recuerdo tan profundamente le conmovía. Que reconocía tener muchos defectos y una sola cualidad; pues si se había consagrado al sacerdocio era por servir á Dios; que todos sus actos, durante 25 años, entrañaban ese pensamiento que también sería el dominante en el resto de su vida. Que no era digno de ser Maestro de personas que estaban tan encumbradas en la escala social, por lo sobresaliente que eran las unas en sus profesiones, por los elevados puestos que otras alcanzaban y por la gran fortuna que algunas poseían; pero que, á esos seres cariñosos, que no se habían desdeñado de hacerle esa significativa manifestación de su afecto, así como á los que, víctimas del infortunio y la miseria, habían tomado parte de alguna manera en aquella simpática fiesta, y á sus amigos, las respetables personas que se habían asociado á sus discípulos, á todas les viviría profunda y eternamente reconocido; que diariamente los bendeciría, pues esa noche iba á hacer época en su existencia

Cuando el corazón rebosa infinitamente no se desahoga con palabras; por eso al espirar la última frase del Ilustre Prelado de Colima, las lágrimas asomaban á los ojos y la emoción anudaba todas las gargantas: aquellas, como el rocío á las flores, vivificaban la ingenuidad de un elevado sentimiento, y ésta, arrancaba al espíritu, extraviado en las futilidades de la vida, un minuto de fé para orar y bendecir á la Divinidad.

Mas como según la gráfica expresión del gran poeta de nuestro siglo: "las horas del éxtasis nunca son sino un minuto," volvimos penosa y desconsoladamente á las realidades de la vida y abandonamos aquel encantado recinto cuando en los relojes de la ciudad sonaban las once y cuarto de la noche.

Hoy, luchamos en vano por encontrar un concepto nuevo, elevado, sublime, suficientemente puro y rígorosamente singular, con qué rendir un tributo de admiración á Monseñor Silva, á esa gran figura del Episcopado Mexicano, apóstol incorruptible del deber, campeón denodado de la ciencia y sacerdote de la caridad evangélica; incomprendible, por lo excepcional, en esta época de personajes tan oscuros y de figuras tan pequeñas; pero nosotros sí que somos *pobres en inteligencia é indigentes en palabras et hoc modo pauperem me esse sentio*, podremos exclamar con el austero Séneca: no tenemos el poder de rejuvenecer, de dignificar siquiera los términos que vulgarizados en las adulaciones de las falsas grandezas, tratándose de El, ya no tienen un sentido bastante elevado! Descubrámonos, pues, ante él; inclinémonos ante el prestigio de su santidad, y esperemos el futuro ignoto de quien el príncipe de los líricos latinos decía sentenciosamente:

"Prudens futuri temporis exitum
Caliginosa nocte premit Deus."

Guadalajara, Marzo 14 de 1897.

Cipriano C. Covarrubias.

